

séres que amamos, en un estado lúcido, consciente de lo que se hace....! Pero entonces, esa fuerza superior á la voluntad que arrastra á cometer un crimen abominable, podría ejercerse sobre mí que disfruto de perfecta lucidez. ¿Podré convertirme en un asesino? ¿Quién sabe....?

“Esa emoción, ese temor, esa aprehensión, esa duda de sí mismo, son como cebo de la obsesión; pero me apresuro á decirlo, no es el primer venido el que puede resentir esa perturbación moral en tan alto grado, para eso es indispensable conocer el estado de receptividad, emotiva, patológica, que puede realizar sola la degeneración mental hereditaria....”

“En la especie que nos ocupa, en lugar de esa provocación objetiva, hay el choque moral, (1) consecuencia de la lectura de los conmovedores detalles del crimen. El choque moral es como el golpe del plantador que arroja el grano y le hace germinar. El temor que comunmente se representa como el principio de la sabiduría, en esos casos es el principio de la locura, dando su parte respectiva á la predisposición.” (2)

(1) El relato pormenorizado de un crimen produce entre los predispuestos, un choque moral que les hace creer del lado á que se incli an. (Rev. científ, Diciembre 2, 1893.)

(2) Las actas del Congreso solo dieron un extracto de esta comunicación.

La influencia nefasta no se haría sentir sino en los degenerados y en la génesis de los crímenes, calificados en políticos, no sabemos por qué, que no por eso dejan de ser crímenes y para los que sería necesario buscar un remedio; pero desgraciadamente obra también, como lo hemos visto, sobre individuos perfectamente responsables.

”Regis escribe refiriéndose á la influencia de los libros y periódicos, que es real, aunque no se le deba dar mayor importancia de la que merece. [1]

”Las publicaciones fanáticas no pueden producir efecto sino sobre individuos predispuestos, no causan el delirio, pero le sirven de alimento y lo refuerzan dándole determinada dirección.”

Si Regis, por lo expuesto entiende, que ”sola” la prensa es incapaz de hacer un criminal, somos casi de su opinión, aunque afirmando que contribuye enormemente á sus génesis. Según esto, se dirá, casi todo el mundo se convertiría en criminal. No sin duda: en una epidemia de cólera, de tifo, son numerosas las víctimas; pero á pesar del contagio innegable, no todos participan de él: las constituciones robustas, las personas que por su vida calmada y tranquila, que no cometen excesos

(1) Los Regicidas.

de ningún género, aún estando sometidas á las mismas influencias exteriores, pagan un tributo mucho menor que los otros, porque no están predispuestos, ni en estado de receptividad.

De la misma manera, innumerables son los criminalistas, magistrados y médicos que hacen de esos relatos su pasto cotidiano, y rara vez sucumben, porque su espíritu perfectamente ponderado les permite ver tales cosas desde punto muy alto, sin conmoverles, ni impresionarles.

Innumerables son también las gentes, que no compran "Le Petit Journal," más que para tener conocimiento del crimen del día en sus más pequeños pormenores y lo más frecuente es, que permanezcan perfectamente honradas.

Pero colóquense esas descripciones, no como hemos dicho en manos de un loco, sino en las de un individuo de malísimos antecedentes. ¿qué pasará en su inteligencia? La idea sembrada por casualidad, se consolidará tanto más, que se reforzará todos los días, por los nuevos relatos de crímenes presentados con desconocido lujo de pormenores.

Hace algunos años que hasta se ha creído útil añadir el dibujo, "la enseñanza de cosas" á las descripciones notables, de tal manera,

que no hay necesidad, para enseñarse á cometer un crimen. tomarse el trabajo de leer largos artículos, bastando una simple ojeada al "Petit Journal" y al "Intransigeant" (y no cito sino dos de los principales) que cada semana, hacen fijar en los kioscos y tiendas, un grabado que representa el crimen del día. En la calle no se puede escapar á esta sugestión, mucho más peligrosa que los dibujos pornográficos: la referida sugestión nos persigue por todas partes: sin cesar se ve á la víctima en un gran lago de sangre muy roja, y al asesino terminando su obra. Cuando el público está perfectamente penetrado por la vista de las circunstancias del delito, y el grabado se ha derramado con profusión en toda la Francia, pronto reproduce el editor el nuevo crimen: no hay interrupción, la obsesión no descansa.

Ya tenemos á un bribón repleto con la idea del asesinato, habituado, por decirlo así, á la vista de la sangre y la emoción del cadáver, conociendo al pormenor la manera más fácil de desembarazarse de quien se atravesase en su camino; ¿creeis que si se le presenta ocasión igual ó semejante, vacilará un solo instante en cometer uno de los crímenes llamados "pasionales" ú otro cualquiera?

Sin duda que no, y francamente sería necesario que ese criminal tuviera demasiada..

virtud, pues tiene conocimiento por los periódicos de la proverbial indulgencia de los jurados para todo crimen ó delito, que pueden colocarse al amparo de este extraño vocablo: "crimen pasional."

Y ¿acaso solo para el bribón, virgen aún de crímenes es peligrosa esa lectura, al infiltrarse en su alma acostumbrándola poco á poco al crimen? Creemos también que, la continuidad de esa lectura, puede por sí sola hacer criminales de individuos casi normales.

El "profesional" igualmente, ¿no saca alguna utilidad de la lectura de los periódicos? Mucho ganará en ello y obtendrá grandes provechos, aprenderá en ellos, cuando sus camaradas ó la prisión no se lo hayan enseñado, qué armas debe elegir, como debe servirse de ellas, de qué manera ha de buscar á su víctima, acercársele y evitar todo ruido. Esa instrucción le es tanto más necesaria, cuanto que el criminal rara vez inventa y casi siempre imita. Aprende aun más, y eso es de capital importancia, como se burla la astucia de la policía; como se escapa de ella, como se niega. En una palabra, hace ó completa su educación con los periódicos, que son su manual, su catecismo.

No puede negarse que es peligroso el relato de un crimen tal como lo hace la pren-

sa. (1) Diversos autores le han dicho antes que nosotros é injusto sería olvidarlos aquí. Próspero Lucas y Legraud du Saulle, para no citar más que estos dos nombres, han escrito repetidas ocasiones sobre lo que acabamos de exponer, mejor de lo que hayamos podido hacerlo.

Entre los que viven no resistimos á citar á nuestro querido maestro Pablo Moreau de Pours quien en su tesis inaugural, "El Contagio del Suicidio" [1875] y después en numerosas obras, ha patentizado la influencia deletérea de la prensa. Bajo su inspiración y ayudado por sus consejos, emprendimos el presente trabajo, y nos complacemos en atestiguarle nuestra gratitud, reclamando para él la prioridad en la lucha contra el periodismo.

Pero ¿qué hacer para combatir el mal que causa diariamente la prensa, aunque tal vez inconscientemente? Absolutamente dejamos á un lado los escritos anarquistas, porque es im-

(1) Mr. J. Gallés en su volumen "Los Refractarios," tiene un capítulo intitulado "Las víctimas del libro," en el que demuestra que puede ejercer la literatura sobre el desarrollo de los sentimientos y las acciones de los individuos: . . . "Cuando un diabético, escribe Mr. Bourget, se causa una pequeña herida muere, y no es la herida la que lo mata. Ella manifiesta simplemente, el estado general, que otro cualquier accidente habría hecho funesto. Los libros peligrosos obran de la misma manera." Sighe. "La Locura Criminal. V. también E Discipulo.

posible admitir que pueda suprimirseles aun cuando se quiera, nos ocupamos únicamente de la reproducción por la prensa del relato de los crímenes y de los debates de los Tribunales. Se nos objetará que quedan las novelas, las memorias de Lacenaire, y otros, y hasta las conversaciones. (1) Todo es cierto y digno de deplorarse; pero nos parece muy difícil combatir esos enemigos, aunque es preciso reconocer que son menos peligrosos que los periódicos, porque cuestan más caro y son cuadernos que no están al alcance de todos los bolsillos: no hay ni puede haber la misma vulgarización y causan menor mal, por lo mismo. Si se encontrase un medio de atacar esas novelas en que se da al crimen preferente lugar, con gran placer nos adheriríamos á él; pero á lo menos por el momento no juzgamos la cosa factible.

Pero hay gran diferencia en cuanto al periodismo, y hasta agregaríamos que no se-

(1) León Valrof que hacía un mes que estaba al servicio del señor y la señora X... les servía la mesa. La noche del 13 de Mayo de 1892, durante la comida, el señor C... refería los pormenores de un crimen, y por haber asistido el mismo día á la audiencia del Tribunal en Niza, en calidad de jurado, habló de los debates. Valrof, aunque sirviendo la mesa, ponía la mayor atención al relato del señor C... y hasta llegó á pararse escuchando. Terminada la comida se entregó á sus ocupaciones ordinarias... la señora X... ve á Valrof en la cocina y la saludó atentamente. En ese momento eran cerca de las diez; tres cuartos de hora más tarde, la señora X... estando ya en su lecho fué herida por Valrof.

ría difícil, que causaran tanto mal. Para lograrlo hay dos medios; uno que parece poco práctico, y el otro que ha hecho ya sus pruebas.

El primero sería una ley prohibiendo á los periódicos con ciertas reservas, el relato de los crímenes, y el de los gestos, dichos y hechos del asesino. Además de que sería muy difícil obtener semejante ley del poder público, si por casualidad que no nos atrevemos á esperar se lograra, aunque en Francia se promulgase, no tendría ejecución, ni en Suiza, ni en Bélgica, ni en Alemania, etc..... Sería necesario por lo mismo una ley internacional.

Llegamos al segundo medio. Hemos sido demasiado duros, les he acusado de diversos crímenes, he demostrado con documentos en la mano, que tienen una parte de responsabilidad en la mayor parte de los que se han cometido; pero confieso que en tan grave acusación, he hecho mal en incluir á todos, pues debí exceptuar á los periodistas suizos, porque sabía, y Mr. Restaud lo dijo en Marsella en 1889, en el Congreso de los sabios, que respecto de los asuntos criminales, estaba convenido no dar sino muy ligeras noticias. Esa es la honradez profesional por excelencia, y nos con-

gratulamos en hacer patente nuestra admiración por haber sido los primeros que tuvieron el valor de manejarse así, aunque también es cierto que en 1833, M. Radcliffe, hizo cerrar completamente las columnas del "Morning Herald" á las informaciones de crímenes y locura, y nos atrevemos á esperar, que ese diario habrá persistido en continuar por tan buen camino.

En todos los tonos se ha dicho y repetido, que la prensa curaba los males que ella misma ocasionaba. Más sencillo, se ha contestado, comenzar por no causar el mal para no tener que curarlo después.

No creemos que la primera proposición sea exacta; pero que si se quisiese podría serlo. Los periodistas franceses, y solo me refiero á ellos, aunque juzgo que los italianos, alemanes, ingleses, etc., digan lo mismo de los suyos, que los periodistas franceses repito, no se muestran tan discretos en el relato de los asuntos como lo son los suizos: los periodistas franceses vuelvo á repetir, refieren el crimen con todos sus pormenores, convierten al criminal en persona importante, dando á conocer, todos los incidentes de su vida, sus buenas palabras, sus comidas, los juegos de cartas con que se distraen, en una pala-

bra, de todo cuanto puede hacerlo interesante. (1)

¿Qué importa la víctima, qué la desesperación de la familia, aumentada por el intenso dolor, de que el infortunado muerto sea entregado al escalpelo de los médicos en el hospital? ¡Pobre del asesino! Para él es todo el interés y todas las preocupaciones, para él que no ha temido destrozar á puñaladas el cuerpo de su víctima, que no se le sujete á la autopsia! No, que su cadáver se entregue á sus afligidos parientes. Su última súplica, la última, fué que no se llevara su cuerpo á la Escuela de Medicina: no conduzcáis allí á él—que tanto respetó la última voluntad de su víctima, la que sea dicho inter nos, era un viejo avaro, un correvidile de gente "non sancta," vaya que sí y además ni le robó, ni le dio sino lo que merecía.

Los grandes diarios franceses, nos complacemos en confesarlo, son en sus informaciones discretos relativamente. Citaremos con especialidad el "Figaro" y á su redactor Alberto Bataille. Son sí, discretos, aunque menos de lo que deberían, y sería de desearse

(1) Recordamos entre otros, los informes circunstanciados referentes á Gabriela Bompard: la descripción de sus vestidos y su famoso viaje á Lyon, durante el que, un repórter pudo acercársele y estrecharle la mano, por lo que se consideraba honradísimo, y de ello se gloriaba en su periódico.

que por algún Congreso Internacional de la Prensa, por persuasión, los periodistas, pusiesen su gran talento al servicio de tan bella causa. Sería necesario que llegasen á una fórmula, análoga ó semejante á esta: "El 28 de Octubre de 1891, Matías Haldet [ú otro individuo] mató al padre Ildefonso en el monasterio de Aiguebelle." Después como resultado del juicio: "Matías Haldet; el asesino del padre Ildefonso, fué condenado á muerte, por el Tribunal de.... [4 de Mayo de 1882]" Por último, al dar cuenta del proceso verbal de la ejecución: "Esta mañana [5 de Julio de 1882] Matías Haldet, fué ejecutado en el patio interior de la prisión, en presencia de los miembros del Tribunal y de los representantes de la Prensa." Nada más.

Así, no volvería á tratarse del crimen, ni del criminal, ni de sus palabras últimas, ni del extraordinario valor que desplegó en el momento de la ejecución [valor más interesante y admirable que el de la víctima, que pronto se olvida ó de la que apenas se habla], ni de los versos que escribió para distraerse durante su reclusión, ni de sus interviews. El silencio, nada más que, el silencio que se emplease, y si se llegara a esta solución, que poco á poco se prepara tanto por un trabajo latente de la opinión, como por el empeño de ciertos congresos, entre otros, el "internacio-

nal contra la literatura inmoral y el peligro de la publicidad de hechos" criminales, ante el cual tuvimos la honra de desarrollar estas ideas, que son en verdad las de la gran masa del público, la lucha contra el crimen, habría entrado en una nueva senda, y podríamos esperar ver, la disminución de los delitos, si el periodismo tuviera á su vez, el valor de reproducir otra nueva noche del 4 de Agosto, renunciando espontáneamente á la parte criminal en su "Gaceta de Tribunales" vieron entonces que la consagración de su talento á otros trabajos, no haría bajar su tiro, en lo que cifran su orgullo.

Necesario es trabajar con vigor, porque la publicidad, tal y como hoy se emplea, es casi, por no decir una verdadera apoteosis del crimen.

¿Cómo podrá resistir á la obsesión de ver su nombre en escena, el individuo predisposto? El infeliz cegado por consideraciones lógicas, en su sentir, no vacila; tiene sed de fama, de renombre y la prensa le indica el medio de alcanzar la celebridad, y bajo el imperio de esta idea fija, luego que se presenta la ocasión, aún cuando se haya buscado, se comete el asesinato. Antes de que la justicia se haya apoderado del culpable tiene adquirir-

da cierta notoriedad, que puede considerarse como el primer paso.

Sigamos al acusado en su prisión: allí, su mayor preocupación es, "cuidar su negocio." Escribe; compone versos, dibuja, y no tiene ni la necesidad de buscar el editor, que antes de ser reducido á prisión no se habría tomado el trabajo de dar una simple ojeada á sus incoherentes elucubraciones. En su actual estado tiene la certidumbre, no solo de que se publicarán sus producciones, sino también de que se informará al público de sus actos más insignificantes, de la manera con que está vestido, del corte de su barba y cabello, de los platos que prefiere, etc., tendrá, en una palabra, la seguridad, de que una prensa sin pudor, y á caza siempre de palpitantes sensaciones, tendrá al corriente á sus lectores hasta de lo verdaderamente insignificante, con tal de que se relacione con su persona.

La publicidad en tales circunstancias, desempeña un funesto papel, y numerosos ejemplos confirman diariamente lo que acabamos de exponer; todos reconocen y censuran, esa insensata libertad, causa de tantos males; en ciertos individuos, dispuestos á sujetarse al influjo de ejemplos perniciosos; pero nadie tiene el valor de reprimir abuso tan dañoso y perjudicial.

Por desgracia volveremos á ocuparnos del pernicioso influjo de la prensa á propósito de los regicidios y de las explosiones de dinamita, delitos de derecho común, que no obstante se nos presentan como crímenes políticos.